

SOLEMNIDAD: LA ASUNCIÓN DE LA VIRGEN MARÍA

1ª lectura (Apocalipsis 11, 19a. – 12, 1-3.6a.10ab): *Una mujer vestida de sol.*

Salmo (44, 10bc.11-12ab.16): *«De pie a tu derecha está la reina, enjoyada con oros de Ofir»*

2ª lectura (1ª Corintios 15, 20-27a): *El último enemigo aniquilado será la muerte.*

Evangelio (Lucas 1, 39-56): *Bendito el fruto de tu vientre.*

Revestida de luz solar, como el Señor; llena de gracia y favor de Dios, hasta el punto de rebosar y transmitirlo hecho hombre de sus purísimas entrañas; así ha venido celebrando la Iglesia la figura excelsa de María, la Virgen, que encarna en su condición de creatura natural la más alta dignidad a la que ha podido llegar el ser humano. Ella, una mujer, es el símbolo más fecundo en los profetas de la comunidad de Israel, del pueblo elegido de Dios.

La Iglesia, nuevo pueblo de Dios, está representada en la imagen de la mujer que huye al desierto intentando escapar del enemigo hostil que la acecha con rabia y encono pues no pudo evitar que ella diera a luz al propio salvador del mundo. La Iglesia como María es portadora de esa fuerza salvífica que ya venció definitivamente en el propio Jesús al poder mítico de Satanás, el adversario, que continúa probando suerte para ver si consigue engañar a la Madre del varón que le venció.

Huir al desierto es sinónimo en los profetas de volver a la intimidad con Dios; es recordar la alianza primera que cautivó el corazón de la novia y le hizo sentir la fuerza fecundante de su Señor. Lejos de dejarle perecer en la esterilidad del desierto, el poder de Dios cuidó con esmero a su pueblo y le fue purificando con sus acciones sorprendentes hasta dejarle instalado en la tierra fértil que le había prometido al comiendo de la alianza.

En este recorrido plagado de elementos hostiles hizo brillar su fuerza el varón nacido de la mujer y tuvo que enfrentarse con todos ellos hasta conseguir que todo ellos, incluso la propia muerte, resultasen aniquilados y sometidos a su dominio. Esta tarea que ya quedó cumplida en la gloriosa ascensión de Jesús a los cielos tiene que realizarse a lo largo de la historia en el propio devenir de la humanidad; día a día Satanás, el rival del Mesías, intenta apoderarse de la historia, pretende ofrecer una alternativa salvífica que seduzca y engañe al hombre negando el valor del sufrimiento, de la fidelidad y de la esperanza más allá de la muerte. Su victoria, la de Satanás, valía en el reino de las tinieblas y de la muerte; su poder brillaba en la mentira de la muerte como final definitivo propuesto al hombre. Pero este poder fue aniquilado con la fuerza de la vida eterna, que Jesús devolvió al hombre en su resurrección gloriosa.

Vivir en la gloria definitiva del Padre es un don garantizado que se realizó en María frente al deseo inútil de una pervivencia que asegure al hombre continuar disfrutando eternamente de esta vida terrenal. Ninguna mujer pudo jamás transmitir tanta vida; ninguna mujer pudo responder con mayor fidelidad al nombre (Eva) que Dios le diera de ser madre de la vida como María. Esta plenitud de gracia y favor de Dios la convirtió en la criatura más excelsa de los hijos de los hombres, bendita entre las mujeres y digna primicia y garantía de cuanto esperamos los hombres gozar con toda nuestra naturaleza mortal de la gloria del cielo.

Debemos al papa Pío XII la declaración dogmática de esta realidad que el Espíritu Santo ya había hecho germinar, e incluso madurar, en la fe de la Iglesia. Desde el 1 de noviembre de 1950, la fe de Iglesia proclama que María de Nazaret, Madre del Hijo de Dios, fue asunta o elevada a la gloria de su Hijo Jesucristo.

Popularmente esta solemnidad ha dado pie para celebrar una fiesta de María en pleno período vacacional. Quizá la predicación realizada en esta fiesta no ha facilitado una mejor comprensión del misterio que nos introduce en una de tantas maravillas que Dios ha realizado en María. Probablemente, nos hemos quedado con un sentimiento de proyección religiosa que nos empujaba a intuir que la Virgen Madre no podía estar lejos de su Hijo. La consecuencia ha sido clara: celebramos el encuentro con nuestras familias en tiempo estival y vacacional.

Una solución es rebajar las maravillas realizadas por Dios en María y así estamos más cerca de captar las que Dios hace en nosotros, sin darnos cuenta de que la exaltación o asunción de María a los cielos, sin conocer la corrupción del sepulcro, está asociada a la resurrección de su Hijo, maravilla que no ha sido realizada en ninguno de nosotros ni de nuestros antepasados.

Otra solución, quizá más difícil para nuestra fe, es cómo Dios, a través de la asunción de la Madre de su Hijo Jesucristo, nos enseña a vivir de un don de amor que nos sobrepasa. Y, porque nos sobrepasa, tratamos de comprender cuando lo único que cabe es agradecer humildemente que lo realizado en María será realizado un día en nosotros, sin merecimiento por nuestra parte.

La fe de la Iglesia, es la que nos permite celebrar y, por tanto, vivir de ese don que contemplamos en María, ¿Creemos que tenemos derecho a ser introducidos algún día en el amor de María y Jesús? ¿Creemos que tenemos derecho a ser introducidos algún día en el amor de la Trinidad? Gracias a la fe de la Iglesia, que expresa mejor que nadie lo que significa el misterio de la Asunción de María, podemos agradecer y adorar a Quien se ha fijado en cada uno de nosotros para realizar *«lo que el ojo no vio, ni el oído oyó, ni la mente pensó»* y que lo ha hecho, como primicia, en María.